

Miriam Dubini



Loeila Blue



El hechizo
de la primera bruja

ANAYA

Título original: *Leila Blue. L'incanto della prima strega*

1.ª edición: marzo 2012

© Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia, 2010
International Rights © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8, 20123 Milán, Italia
foreignrights@atlantyca.it - www.atlantyca.com
Edición original publicada por Arnoldo Mondadori Editore S.p.A, Milán, 2010
© De la traducción: Verónica Castañón Nieto, 2012
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Los nombres, personajes e indicios relacionados contenidos en este libro, propiedad de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., han sido cedidos en exclusiva a Atlantyca S.p.A en su versión original. Su traducción y/o versiones adaptadas son propiedad de Atlantyca S.p.A. Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-678-2920-4
Depósito legal: M. 1937/2012
Impreso en Anzos, S. L.
28942 Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Miriam Dubini

Loeila Blue

El hechizo de la primera bruja



Traducción de Verónica Castañón Nieto
Ilustrado por Alessandra Sorrentino

ANAYA

LOS PERSONAJES



La abuela Erminia



Leila



Elena



Florián



La tía Frenky



La Blanquísima




Su Mística Majestad



Merlin



Ivy Bullitpot



*Del
Códex Magicorum
de la Blanquísima*

HECHIZO
PARA UNA BRUJA
QUE NACE

Espera.

*Espera a la noche y a la luna rotunda
hasta que, brillando, haya subido a lo más alto.*

*Recoge su círculo de luz profunda
en el círculo perfecto por tus dedos formado.*

Respira.

*Respira el hechizo del cielo estrellado
y entonces soplalo en tu mano.*

*El aliento se convierte en un espejo encantado,
la oscura promesa de un destino arcano.*



Admira.

*Admira el espejo que en el medio brilla,
es aquí donde reluce la maldad,
después rómpelo triza a triza
siguiendo el diseño de la eternidad.*

Recoge.

*Recoge los fragmentos de luz de luna
y el sueño te muestre en el vuelo la vía,
por cada recién nacida habrá una
que traiga otra magia a la vida.*

*Espera, respira, admira, recoge
convirtiendo estas páginas en canción.*

*Recoge, admira, respira, espera
para esta brujita
el fragmento es mi don.*



—¡Catorce brujas este mes! —comentó el cisne que iba en la punta, volando con la cabeza alta sobre el Círculo Polar Ártico.

—¡Ay, Mister Flanagan, es una clara mejora! El mes pasado, en febrero, solo fueron cinco... —comentó Madame Prin.

—A las brujas no les gusta nacer en invierno, Madame —explicó Mister Flanagan—. Les molesta el frío. Por eso siempre se reúnen alrededor de los calderos.

—A mí me da mucho miedo... —murmuró avergonzado el cisne más joven, el cadete Brosius.

—¿Quién? —preguntó secamente Mister Flanagan.

—La Blanquísima —explicó Brosius—. Vive ella sola en aquel castillo escondido entre tormentas de nieve. ¡Allí hace un frío del demonio! Siempre se me congelan las alas cuando tenemos que reunirnos con ella para una nueva misión, y además... no sonrío nunca y tiene unos ojos que parecen estar hechos de hielo. —El joven cisne se estremeció, sacudiendo la cabeza despeinada por el viento polar—. Dicen que es la más malvada entre las malvadas.

—¡Tonterías! —Flanagan lo hizo callar enseguida—. La Blanquísima no es ni buena ni mala, es... ordenada. Le otorga un don muy preciso a cada criatura mágica: a los elfos les ha dado el poder de los bosques; a los ogros, la fuerza de las cavernas; a las hadas, la magia de las flores; a los duendes, la velocidad del viento; y a las brujas, el hechizo de la noche. Nosotros tenemos el gran privilegio de ser sus ayudantes y de ocuparnos de todos sus dones mágicos.

—¡Bien dicho, Mister Flanagan! —asintió Madame Prin con un elegante gesto del pico.





Pero la explicación del capitán no tranquilizó para nada al joven Brosius.

—Si no es mala, ¡eso es todavía peor! Por lo menos las personas malas pueden volverse buenas si les pasa algo bueno... Esa mujer, en cambio, no tiene corazón y me da mucho, mucho miedo —insistió.

—¡No eres más que un cobardica emplumado! —intervino Madame Prin.

—¡Y tú eres una gallina pelota! —contestó ofendido el joven cisne.

—¡Prrr! —concluyó Madame, mirando al sol que acababa de salir ante ellos.

Si había algo que Brosius detestaba era ese ruido de oca parisina que Madame Prin hacía siempre cuando decidía que una conversación había terminado. Era una pequeña pedorreta, muy pequeña, como si la cisne ni siquiera se dignase a hacer una grande.

Molesto por este pensamiento, Brosius rompió la formación y se abalanzó sobre la pobre Prin para darle un mordisco en la pata.

—¡Ay! —se quejó Madame Prin, antes de que Brosius llegase siquiera a tocarla.



—¡Vosotros dos, no os peleéis! —intervino enseñada Flanagan—. ¡Si seguís así, se os terminará por caer algún fragmento de las alas!

—Por todas las ocas atolondradas, ¡eso sí que sería una desgracia! —se estremeció Madame Prin.

—¿Por qué sería una desgracia? —preguntó Brosius con curiosidad.

—Porque nuestra blanca soberana solo construye y destruye un espejo de hielo al mes —explicó el capitán pacientemente—. Lo rompe en un número de fragmentos determinado: el mismo número de fragmentos que de brujas nacidas en el mes. Nosotros les llevamos los fragmentos —continuó el cisne—. Un

fragmento para cada bruja, un fragmento para cada corazón. No hay ninguna bruja

que no tenga uno en el corazón. Los fragmentos son lo que las vuelve pérfidas, y la perfidia es su naturaleza.

A Madame Prin le encantaba escuchar





a Mister Flanagan cuando hablaba de la Blanquísima. Él siempre lo sabía todo. Brosius, en cambio... Madame Prin no podía explicarse por qué lo habían elegido como miembro del Resplandeciente Batallón Aéreo de la Blanquísima, así que se volvió hacia el capitán y le preguntó, molesta:

—Pero ¿dónde estaba el cadete cuando nuestra blanca soberana dio la lección de Fragmentología!?

—No empiece, Madame —contestó Flanagan con voz tranquila—. Brosius solo necesita un pequeño repaso.

—¡Ay, sí! ¡Qué bien! ¡Un repaso! —lo celebró Madame Prin, batiendo las alas con entusiasmo.

Mientras tanto, Brosius, que no estaba para nada interesado en las lecciones de Mister Flanagan, se había distraído y pensaba en el color del cielo: el rosa de la mañana se había difuminado con el azul del día y las nubes blancas cubrían el horizonte como espuma y parecían tartas cubiertas de nata montada...

—Pues bien, las brujas son todas mujeres y todas son muy, pero que muy malas —se lanzó Flanagan,



hinchando el pecho emplumado—. Les encanta hacer cosas malas, son felices cuando dicen mentiras, no ven el momento de aprovecharse de los más débiles y hacen promesas solo para darse el gusto de romperlas.

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Otra vez! —dijo Madame Prin.

Grrrglurlgrrr, sonó la tripa de Brosius, que se estaba imaginando en una tarta de nata montada tan grande como el inmenso cielo.

—Y ahora, cadete Brosius, ¿se acuerda de algo? —preguntó Flanagan, muy serio.

—Yo... —Brosius intentó concentrarse—. Eh... Me acuerdo de que la Blanquísima hablaba de las brujas y de aquel espejo y... tenía los ojos de hielo... Me daba...

—¡Mucho miedo! ¡Lo hemos entendido! —contestaron Madame Prin y Mister Flanagan a coro.

Brosius se sintió tan tonto como un pavo e intentó recuperarse:

—¡También me acuerdo de que dijo que había una bruja sin fragmento!

—¡Muy bien! —asintió el capitán.





Brosius le lanzó una sonrisa amplia y complacida a Madame Prin y concluyó con una pedorreta grande y ruidosa.

—Un capítulo triste de nuestra Historia Encantada —añadió Mister Flanagan, pensativo—. En cualquier caso, este no es el lugar adecuado para hablar de ello.

—¡Si por aquí cerca no hay nadie! —insistió Brosius.

—Quieres decir que no hay nadie aparte de ese avión enorme lleno de sinmagia, ¿verdad? —intervino Madame Prin mientras un gigantesco A380, cargado de humanos, volaba amenazador hacia ellos.

—¡Resplandeciente Batallón Aéreo, viraje en espalda de lobo! —ordenó el capitán, aullando valientemente.

Madame Prin giró el cuerpo y las alas a la izquierda.

Brosius, dominado por el pánico más absoluto, batió las alas en todas direcciones y terminó en el lado contrario.

Mientras tanto, el gigantesco avión se acercaba rápidamente, amenazando con arrastrar al joven cisne



con las hélices. Aterrorizado, el cadete batió las alas con todas sus fuerzas y alcanzó a la bandada un instante antes de que el avión lo alcanzase a él.

—Vaya, sí que eres fuerte... —se sorprendió Madame Prin cuando Brosius volvió a volar a su lado.

—¡Sí! —exclamó Flanagan—. ¡Brosius es el cadete con las alas más fuertes de toda la academia aérea!

El joven cisne sonrió a sus compañeros y lanzó un graznido perfecto y bien fuerte. El sol brillaba ya en lo alto sobre el primer objetivo del día: Londres.

—Señoras y señores, el capitán Nicholas Blue y su tripulación se complacen en darles la bienvenida a bordo del vuelo Flickerfly KV257, con salida de Londres y destino en Singapur. Les invitamos a ocupar los asientos indicados en su tarjeta de embarque y a colocar el equipaje de mano en los espacios destinados a tal fin sobre sus asientos o debajo de la butaca de delante. Gracias.

Mientras la azafata repetía las fórmulas de bienvenida a los pasajeros del avión, Nicholas miraba por la





ventana panorámica de la cabina de mando. El despegue era su momento favorito, cuando todo se volvía diminuto en unos segundos: las casas se hacían minúsculas y las calles estrechas, los parques se convertían en motas verdes e incluso el Támesis se parecía a una serpiente brillante que atravesaba silbando su ciudad.

Nicholas se colocó las gafas sobre una nariz pequeña y regordeta como una pelotita de pimpón, se pasó la mano por el pelo canoso y después se concentró en la maniobra de despegue de aquel enorme A380, el avión más grande del mundo.

—Pero ¿cómo puede volar si es tan grande? Quién sabe cuánto pesará... —le había preguntado su hija Leila aquella mañana.

—¡Seiscientas toneladas! —le había contestado él.

Leila había abierto mucho los ojos, grandes y grises, suspirando:

—¡¿En seerio?!

Cuando Leila abría así los ojos era igualita que su madre. «Es uno de los grandes misterios de la naturaleza —pensó Nicholas—. Leila no ha visto nunca a





su madre y, sin embargo, abre los ojos exactamente igual que ella».

Después de todo, Grace también era así: hacía cosas misteriosas y, si él le pedía explicaciones, ella le contestaba sonriendo que a todas las chicas las envuelve una magia secreta.

—¿Capitán Blue? —lo llamó la segundo piloto.

—Dime, Laura.

—Mire allí —dijo la mujer, señalando tres cisnes que planeaban, rápidos y elegantes, sobre las nubes de Londres.

Volaban libres y ligeros como el aire, e inmediatamente Nicholas se sintió muy feliz. Podía volar a su misma altura y ver el cielo como lo veían los pájaros.

Sonrió radiante y suspiró:

—¡Qué trabajo tan bonito tenemos!

—¡Y tanto! —asintió Laura, admirando encantada el cielo turquesa del mediodía.

—¡Ya es mediodía! Cómo vuela el tiempo cuando no hay tiempo que perder —dijo Leila, observando cómo una ardilla trepaba ágilmente por el haya de

Regent's Park—. Si fuese tan rápida como tú, podría hacer todo lo que quisiera, ¡y en cambio los días siempre se me quedan cortos!

Le gustaba mucho sentarse en uno de los bancos del parque a hablar con las ardillas. Ellas nunca se dignaban ni a mirarla, pero siempre se sentía más ligera después de pasar un par de horas entre los árboles. Tenía la impresión de que aquellas grandes ramas podían estrujarla en un abrazo fuerte y antiguo, alegre como la primavera, cálido como el verano, suave como el otoño y tenaz como el invierno.

—Bueno, ahora tengo que irme. Si no, la abuela se va a preocupar. ¡Adiós! Volveré pronto. —Leila levantó dos dedos e hizo como si arañase el aire con un gesto rápido. Había decidido que esa era la manera correcta de saludar a las ardillas.

El animalito la ignoró y se escabulló hacia una rama más alta; desapareció entre las hojas del haya.

Leila cogió su maleta y la gran funda negra y se encaminó hacia el salón de belleza de la abuela Ermينيا. Cuando a su padre le tocaba un vuelo intercontinental, ella siempre se quedaba a dormir en casa de la



abuela. Pero esa semana iba a ser especial: en tres días, de hecho, Leila iba a celebrar su undécimo cumpleaños, ¡y estaba segura de que la abuela y sus amigas organizarían una gran fiesta!

Dirigiéndose hacia la salida del parque, la chica alargó el paso, pero, antes de cruzar la verja, vio una ardilla que bajaba lentamente de un roble y la miraba con curiosidad. El animalito se irguió sobre las patas traseras, levantó una patita hacia el cielo y... arañó el aire con dos uñitas. Acto seguido, desapareció detrás de un matorral.

Leila se quedó sin palabras. Aquella ardilla había contestado de verdad a su saludo, ¿o lo había soñado? Sintió un escalofrío que le recorrió toda la cabeza. El pelo corto, negro y despeinado, se le revolvió como movido por el viento, pero en todo el parque no se sentía ni un soplo de aire.

